

## La ciencia española y la filología comparada

**E**NTRE los modernos esfuerzos del humano ingenio es admirable e importantísimo el de la ciencia de la lingüística o filología comparada. Los grandes trabajos críticos de análisis sobre la descomposición de las formas sintéticas de algunas lenguas matrices; las leyes de constitución de la individualidad de los idiomas y dialectos, y los principios propuestos para la formación de grupos, más o menos numerosos, nos muestran el camino por donde las palabras pronunciadas por los primeros habitantes de nuestro globo han pasado de generación en generación a nuestros labios. La glotología o etnografía filológica nos ha iniciado en los misterios más ocultos de la razón humana; ha descubierto a nuestra investigación las leyes históricas de su desenvolvimiento y ha contribuído, por modo eficacísimo, a esclarecer la historia artística, literaria y científica de los pueblos. Los progresos de esta ciencia han sido ciertamente pasmosos, aunque todavía le están, sin duda, reservadas más brillantes conquistas cuando las leyes propuestas se hayan comprobado o corregido en definitiva con el cabal estudio del habla en su unidad, diferencias y universales relaciones

No pequeña parte de estos triunfos de la lingüística corresponde a la ciencia cristiana y genuinamente española. España prepara, en efecto, el estudio comparado de las lenguas, recorriendo la redondez de la tierra,

haciendo cada día más frecuentes e íntimas las relaciones entre los diversos pueblos y razas, y circulando y difundiendo por todas partes la idea de la humanidad. Gloria nuestra fué la de habernos adelantado a todos los pueblos de Europa en el estudio de los más extraños idiomas, componiendo en ellos gramáticas, vocabularios y otras clases de libros. Y a un español debióse, en fin, en el siglo pasado, antes que a nadie, el primer cuadro glotológico de todo el universo, el cual, rompiendo los antiguos moldes, que no alcanzaban en la ciencia otros límites más allá de las lenguas clásicas y de las llamadas entonces orientales, creó la lingüística o filología comparativa.

Las lenguas asiáticas, las de Africa, las malayas y las de la Polinesia y las americanas comenzaron a ser estudiadas y sabidas por españoles y portugueses. Fray Martín de Rada, escribiendo el arte y vocabulario de la lengua china; fray Juan Cobo, traduciendo por primera vez a una lengua vulgar europea una obra de aquella literatura; fray Juan González de Mendoza, trayendo antes que nadie a Europa una colección de xilografías sónicas; San Francisco Xavier y los padres Juan Rodríguez, Gaspar de Villela, Pedro Gómez, fray Luis Sotelo, fray Diego Collado y fray Manuel Preces, descifrando los arcanos de la lengua japonesa; fray Gaspar de San Miguel y los padres Diego de Ribero, Francisco Hernández, Enrique Gómez y Francisco Ros, publicando las reglas gramaticales de los idiomas de la India, o formando sus vocabularios o traduciendo en ellas libros de devoción; los padres Andrés de Oviedo, Pedro Páez y Antonio Fernández, alcanzando la plena posesión de algunas lenguas africanas; innumerables españoles, durante cuatro siglos, componiendo las Artes o los diccionarios de todos los idiomas hablados en Filipinas y en las demás islas de Oceanía, y las legiones de varones apostólicos que, procedentes de la Península Ibérica se esparcieron por el nuevo continente para evangelizar a sus habitantes, fueron acapa-

rando los inmensos materiales necesarios para erigir el magnífico monumento de la filología comparativa.

El influjo del Cristianismo en la formación y progreso de esta ciencia, ya demostrado por Max Müller en las lecciones pronunciadas en la Institución Real de la Gran Bretaña, se ve con toda plenitud en la obra de la civilización, llevada a cabo por la monarquía católica de España en las Indias orientales y occidentales. La misión ejercida por aquellos miles de religiosos para difundir la palabra de Dios hasta los últimos confines de la tierra no podía ejercerse con eficacia sin poseer las lenguas peregrinas y bárbaras que se hablaban en los diversos pueblos. Para arrancar las almas de los indígenas del dominio de la grosera abyección de los sentidos; para someterlas a los principios eternos de la religión y de la moral cristiana; para educar su inteligencia por la predicación, su voluntad por la persistencia y sus sentimientos por la oración, tenían necesariamente que hablar los idiomas usados por aquellos pueblos salvajes los religiosos que intentaban reducirlos a la ley de Dios. Y por esto se pusieron a estudiar las lenguas indígenas con admirable fruto, a pesar de que, como dice fray Francisco de Alvarado en el prólogo del *Vocabulario dominico de la lengua mixteca* (impreso en México, año de 1593), “su dificultad rindiera los mayores bríos de la naturaleza si no hubiera socorro con los de la divina gracia”. El designio de la Providencia, que parecía desenvolverse en los siglos XVI y XVII para la conversión del mundo, al par que disputaba al panteísmo y al paganismo millones de almas inmortales, ensanchaba y engrandecía, divulgando la idea de la fraternidad humana, los dominios de la ciencia, de la naturaleza y del hombre.

Sistematizando y metodizando los trabajos de los misioneros españoles, otro español ilustre, de quien ya he hecho mención, don Lorenzo Hervás y Panduro, echaba los cimientos de la ciencia de las lenguas y esclarecía a la vez difíciles problemas históricos y geo-

gráficos. Los tomos XVII, XVIII, XX y XXI de su *Idea del Universo*, publicados en los años 1784, 1785 y 1787, serán por mucho tiempo arsenal de riquísimas noticias etnográficas y de observaciones glotológicas importantísimas, y su *Catálogo de las lenguas*, que es una reimpresión, hecha en los años 1800 al 1805, de sus anteriores trabajos, notablemente refundidos y adicionados, vivirá mientras vivan los estudios lingüísticos. Esta última obra de Hervás, dice don Fermín Caballero en las *Noticias biográficas y bibliográficas* de este abate (Madrid, 1868), “es como el *Sistema sexual* de Linneo, las *Concordancias bíblicas*, la *Biblioteca* de don Nicolás Antonio y otras fundamentales, de cuyas bases anchas y sólidas no hay necesidad de salir, por mucho que de nuevo se construya, se adicione o se mejores”.

El asombro que los estudios de este varón eximio causó en la Europa sabia fué extraordinario. No se explicaba cómo un solo hombre podía haber comparado tantos y tan diversos idiomas, de índole tan varia y original y de tan lejanas tierras. Así fué que no tardaron en aprovecharse de las obras de nuestro compatriota los ingleses, holandeses y alemanes, principalmente Juan Cristóbal Adelung, en el tomo de su *Mitridates* (1806), y el sajón Juan Severino Vater, continuador de dicha obra en los años de 1807 al 1817, quienes valiéronse también de las gramáticas de 18 lenguas principales de América, abreviadas por Hervás, cuyo manuscrito confió éste a su amigo Guillermo de Humboldt.

Dícese que Leibnitz presintió la lingüística. Aquel genio creador y universal señaló, ciertamente, algunas analogías entre el persa y el alemán, expuso y defendió la conveniencia de formar grandes acopios de vocablos, y dirigiéndose a los embajadores y misioneros, dió reglas para la comparación y la etnología, combatió la tenacidad de los espíritus preocupados en buscar un idioma primitivo y recomendó el método inductivo como el más seguro y eficaz; pero las ideas de Leibnitz no hu-

bieran germinado y llegado a sazón sin la ordenada labor científica de Hervás, sin los trabajos de los misioneros españoles. Ni tampoco hubiera bastado a los progresos de la moderna lingüística el *Glosario comparativo*, mandado formar por la emperatriz Catalina de Rusia, que aparecía en 1787, es decir, tres años después de la primera obra de Hervás. A éste corresponde, sin controversia, el privilegio de ser como la piedra angular de la glotología, porque desde que él publicó su sistema y sus observaciones han sido fáciles y rápidos los progresos en la clasificación de las lenguas y en su historia; fecundísimos los principios iniciados con el dogmatismo creador; profundas y provechosas las modificaciones introducidas, sobre todo en los dominios de la fonética por los métodos de la gramática comparada.

Pero ninguna parte de los trabajos científicos de Hervás ofrece más interés; ninguna reúne mayor caudal de novedades; ninguna revela más estudio ni ensancha más los horizontes de la etnografía filológica que su clasificación de las lenguas americanas. Con ella disipó no pocas preocupaciones, que eran comunes, sobre el número, carácter, afinidad y dominios geográficos de aquellos idiomas, al par que con claro método y juicio compendió y resumió todas las riquísimas observaciones que aportaron los españoles, proclamando bien claro la influencia que el descubrimiento del nuevo mundo ejerció en la glotología.

Porque no puede dudarse que al arribar las carabelas de Cristóbal Colón a la isla de Guanahani ofrecióse a los ojos de los españoles que tripulaban aquellas endebles embarcaciones un mundo completamente extraño para ellos, más aún que en las producciones del suelo y en los animales que discurrían por él, en las formas, costumbres y cultura de las razas que lo poblaban. El asombro producido en el ánimo de Colón por aquellas extrañas apariciones se revela en el lenguaje entusiasta, admirativo, hiperbólico a veces, del inmortal navegante. Pero entre las cosas que más debieron de

sorprenderle hubo de ser, sin duda, la diferencia de habla que usaban los habitantes de aquellas islas, que por primera vez se ofrecían a los ojos de los europeos. Para tratar con ellos hubieron de usar al principio de los gestos y ademanes del cuerpo; mas a fuerza de empeño y trabajo llegaron al fin a entenderse unos y otros por medio de sonidos articulados, primero con dificultad, más tarde fácil y claramente, y por extraño que sea, parece que fueron los indios los que con más facilidad aprendieron el castellano, fenómeno que se repitió mil veces en adelante.

Si el fin de los españoles hubiera sido no más que el de tratar con los naturales para sacar de ellos las ventajas que les pudiera proporcionar el comercio y las explotaciones de las riquezas que ofrecían aquellas nuevas regiones, no hubieran sido necesarios grandes esfuerzos para entenderse con los indios y descifrar los misterios y dificultades de su lenguaje. Pero la empresa del viaje y descubrimiento de las Indias tenía para la nación española importancia infinitamente mayor que la que le podían ofrecer las riquezas materiales. Al ensanche de los dominios de España uníase la ampliación del reinado de Jesucristo y de su Iglesia. La difusión del Evangelio, el sacar de las tinieblas del paganismo a los míseros habitantes del Nuevo Mundo, llevarlos a la luz de la verdad cristiana e infundirles en ella altísimos principios de moral y de arreglo y bondad de costumbres: éste fué objeto primordial en la conquista de América.

En la primera expedición parece evidente que no fué ningún sacerdote o eclesiástico entre los compañeros de Colón. No así en la segunda y en las posteriores; pues cuando los Reyes tuvieron noticia del ancho campo que se ofrecía a la predicación, promovieron entre las órdenes religiosas el noble afán de trasladarse a América para que se aplicasen allí a la conversión de los indios. De una de las primeras expediciones formó parte aquel padre Román Pane, que a esfuerzos de su san-

to celo aprendió tan señaladamente y en menos de un año la lengua del Macoriz, que pudo instruir con ella en las verdades del Cristianismo a las familias indígenas. Este sacerdote puede decirse que fué el primer europeo de quien particularmente se sabe que habló una lengua de América. En pos de él registrase una innumerable serie de misioneros españoles y portugueses, los cuales penetraron el mecanismo admirable de los idiomas americanos; expusieron la sencillez de sus radicales, representadas muchas veces por una sola letra; trataron de la riqueza de formas de sus verbos y de su artificio extraño, mediante el cual expresan con inflexiones las relaciones entre el sujeto y la acción entre aquél y los objetos; recogieron tesoros de voces y de frases y alcanzaron, en fin, la mayor parte de ellos el don precioso de poder hablar a los naturales en su misma lengua, con la misma extensión y riqueza de figuras elegantes, de comparaciones sencillas y poéticas, de expresiones sublimes y enérgicas, con que es fama que los puelches y araucanos hablaban a las muchedumbres.

El número de misioneros españoles de cuyas obras filológicas se tiene noticia es considerable, y sus nombres constituyen uno de los capítulos más gloriosos de la historia eclesiástica, política, colonial y científica de España. Ningún idioma, por extraño y bárbaro que pareciera, dejó de ser sabido y aprovechado por los civilizadores de América, y aunque la lingüística no ha llegado aún a aquel punto o colmo de perfección para poder clasificar de un modo científico aquellos millares de lenguas americanas (pues a dos mil hácese llegar su número), algunas de las cuales, a pesar de hablarse en las inmediatas opuestas márgenes de un mismo río, son totalmente diversas, ha bastado por el momento la formación de grupos geográficos para contribuir a la demostración que me propongo.

Del archivo inmenso que el empirismo español de tres siglos dejó constituido, arrancan, más o menos directamente, las observaciones históricas y las leyes

propuestas por la legión de insignes filólogos, arqueólogos y etnógrafos extranjeros en orden a la ciencia lingüística.

Basta, finalmente, con cuanto queda dicho, para demostrar:

1.º Que no fué la menor ni la menos importante de las influencias que el descubrimiento del Nuevo Mundo ejerció, así en el orden material como en el moral e intelectual, la promovida en la ciencia de la lingüística, la cual no habría podido jamás llegar a aquel punto de perfección que todavía le espera, a pesar de sus maravillosas conquistas, si la empresa de Colón no hubiera tenido feliz resultado.

2.º Que a españoles y portugueses puede decirse que se debe casi absolutamente no sólo el copiosísimo fomento de la etnografía filológica, sino la formación y el plan primero de esta ciencia, cuya gloria no podrá ser nunca disputada a nuestro Hervás; y

3.º Que el Cristianismo ha promovido y acrecienta sin cesar esta fase del conocimiento humano, porque si en remotos tiempos los discípulos del Divino Maestro fueron a predicar por todas partes la verdad revelada, hoy todavía el navío del misionero cruza los mares para llevar hasta las más apartadas y miserables islas, en donde no se oyen los acentos de ninguna lengua hablada por hombres civilizados, la luz de la cultura cristiana, del conocimiento humano y del perdón divino.

EL CONDE DE LA VIÑAZA.

Biarritz, 24 marzo 1932.